

Precio: 10 ctvs.

LA OBRA

PERIÓDICO DE IDEAS

Trimestre: \$ 0,00

Número especial de 12 páginas



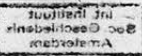
PEDRO GORI

El Primero de Mayo

Pedro Gori es el cantor del Primero de Mayo. Nadie como él ha visto en este día en pie el alma de las multitudes, con la mirada puesta «hacia la parte dónde se eleva el sol».

Por Primeros de Mayo contaba sus penas, sus alegrías sus destierros, todos sus recuerdos. Era el hijo del Primero de Mayo. Se dejaba envolver por todos los rayos de aquel sol naciente, que, avanzando en su carrera, iluminaría por fin el verano «venturoso y fraterno» de la solidaridad humana. Y era su cantor, dónde quiera veía nacer este sol, lo mismo en el destierro que en la prisión. Las multitudes de Primero de Mayo no han tenido nunca quien les dijera mejor lo que contenía esta fecha para ellas.

Pero tales cantos no han podido vibrar solos y puros, con la voz más sublime del cantor, por haber sido interrumpidos con la horca y con la sangre, no ya una sino muchas veces. Prematuros son los que se atreven a soñar una vida nueva. Y si salen a posear sólo su sueño, se encuentran con las horcas, las bayonetas o la metralla. Y así aún, los Primeros de Mayo, en vez de alzar un solo canto, alzan más robustamente que todo, un grueso puño de protesta. El hachazo está todavía en las carnes, y no hay razón para creer que no se repita. Y ay!, el que no alza el puño de protesta, no ama tampoco al sol de Primero de Mayo!



TORONJAZOS

Los carteles del camino

Un gusano pequeño da un bultón enorme de seda, comparativamente a su volumen; una araña tejedora extiende de árbol a árbol un telar, por el que se desliza ella como un débil punto; uno que hila o que ovilla, puede taparse casi con su labor en un solo día... ¡Carabambá! La cosa adelanta, y ya no es posible meter en su carozo al árbol que ha nacido sólo ayer. Forzoso nos es sentarnos a su sombra, alimentarnos de su fruto. Y cuando llega el otoño y volteas sus hojas, todavía necesitamos un trabajo de pala o de rastrollo, para que no nos tapen ellas las zanjas o los conductos de desagüe y no se amontonen en cochin a nuestra puerta. ¡Diablo de crecimiento! ¡Es ya por demás! Y si es en verano, y las ramas están cargadas de fruto, y sopla viento, es preciso huir, escapando a la granizada del árbol que ha plantado uno. Este paga al hombre con respetables toronjazos por donde lo alcance, la mala idea que tuvo de plantarlo y de hacerlo crecer.

¿Quién dice que la obra no es fecunda? ¡Es por demás fecundo! Los mismos brazos que han servido para sembrar, ¡que han de alcanzar para cosechar!

¡Tal nos pasa con nuestro periódico, hoy. Hemos servido para poner la primer planta de él; al principio alcanzábamos para todo, y aún nos sobrábamos un poco. Pero, ahora, ya somos impotentes contra su extraordinario crecimiento. Y de nuestros compañeros, que quizá nos contemplaban con un poco de frialdad al principio; ¡hoy recibimos cada toronjazo!

Estamos molidos, sofocados, apaleados, y los toronjazos no cesan de vernos, algunos tan gruesos como los puños. ¡Ya es por demás! Tendremos que pedir favor... «Manden aquí 10, 50, 100, 200, 500». Ya no sabemos cómo atender a todo; y a preparar y cuidar el número...

Escribimos esto, con la mesa cubierta de toronjazos que han venido por el último correo, con toronjazos en los bolsillos, y frente a compañeros que han venido a saludarnos otros personalmente.

Y con su vista sobre estas carillas, mientras ellos ríen celebrando la ocurrencia, todavía se acuerdan de otros toronjazos más; toronjazos que les han encargado damos otros compañeros... «¿Que no se les pase sin venir, que no se vayan a olvidar!», es lo que más les han recomendado.

¡Diablo de periódico éste! ¡Y nosotros que creíamos tenerlo en un carozo siempre!

Para conservarse bárbaros

La ciudad entibia el ánimo, mezcla agua al más bravo y rojo vino Domestica. Llega un momento en la vida en que un hombre de conciencia siente nostalgia de la barbarie; y busca dentro de sí su contenido bestial; y nota—¡ay, casi siempre muy tarde!—que le han mochado las púas, que es un animal de arreo, incapaz del odio santo, del grito airado, de la rotunda salvaje!

Nota esto cuando se ve, se sorprende en concesiones más o menos civilizadas. Cuando cree o se hace como que cree, que son precisas la calma, la reflexión, la cultura... En fin, cuando se siente temblar ante cualquier violencia venida de los de abajo.

Entonces, si aún es sincero, reacciona. Se eriza y vibra sus furias. Arroja leña de sí, y la escupe. ¡La carreta ciudadana, aburguesada e hipócrita. Y surge de nuevo un bárbaro. Un bárbaro apasionado de la justicia social, del bien del pueblo. ¡Hombre, macho!

Peró la mayoría de las veces, no surge nada. La ciudad lima las púas al ras. Acorda a un tono meliflavo y blanco, la nota roja y el bramido varonil. ¡Tacha, emborrona, oscurece toda plaza original.

¡Qué creen!... Todos esos negros tristes, rubios históricos y mulatos aburridos que se ven en las ciudades, son hombres de los que no queda más que el garabato. La fachada. El contenido virtual, de emoción y de potencia, se les hizo humo.

Y es la ciudad. La ciudad que aliviana y que cuartea, hasta desnaturalizarlo, el más rojo y bravo vino Domestica. Hace bailar a los osos y a los tigres. Esto se ve bien de aquí, desde la pampa. Los ciudadanos son animales de arreo, acobardados.

Por eso, creemos preciso, que todo revolucionario se largue de vez en cuando para estos pagos, a tomar lecciones del viento y el agua sueltas. Que entre un poco por las selvas y mire, aunque sea de lejos, o tremino en un caudán, a los pumas y los leones. Que oiga el relincho cantante de los caballos, y el mugido tronador, de tormenta, de los toros. Y hunda los pies en la arena, las narices en los yuyos, el alma en los cielos libres...

Para conservarse bárbaros. Bárbaros apasionados de la justicia social, del bien del pueblo. ¡Hombres, machos!

Loventuel

Y empezó el cuento. Aquí les desembratara, después de tres días de viaje. Erán dos mil santiagueros, de ambos sexos, e iban para Loventuel; aquellos bosses; ¿ve, usted?...

Azaldos como con una bomba absorbente en los tierraes del norte, los apilaron en una pronunciada de perros en la perra, e hicieron rodar los bestias, que se desliza. ¡Comida!... Nada. ¡Agua!... Cuando la tomaba el tren... Cama, aire, sitio para

ir de sus cuerpos?... Menos que perros...

Y siguió el cuento.—Surgieron una mañana, frente a esa andén, como una veta de carne púrida, agusanada. Hervía el convoy de miastnas y de lamentos. El «pámpero» las cruzaba sacudiéndose las alas, con miedo y asco a la vez. Así mismo, por varios días, quedó en Pico, desparpamado, el olor de cloaca rota y dispersa.

Erán dos mil en diez bretes, ¡comprensible usted!... Bestias, nunca meten tantas. Y sobre todo, en el trayecto las limpian, las cuidan, las ponen agua abundante...

Y siguió el cuento. Iban para Loventuel, para el hacheo de caldenes. Mejor dicho está: los iban. Un tal Leiva (a) «14»—a esto asciende el número de asesinatos de obreros que hasta ahora lleva—era el contratista. El los había recogido en los tierraes del norte y los traía para aquí, a las arenas del sud. De infierno a infierno.

Loventuel es de una empresa extranjera. Rucanell es de otra empresa. El que entra allí a trabajar, no vuelve; se empeña para cien años. No le queda otro recurso que la fuga o el suicidio. O sino, hachearse los brazos, herirse de modo que se vean obligados a echarse por inservible y blanco, la nota roja y el bramido varonil. Tacha, emborrona, oscurece toda plaza original.

Y siguió el cuento.—Las tribus de los ranquedes, les temen a esas contratas más que al shualichos. Preferían, ahora mismo, embestir a lanza seca contra un ejército armado a mausers, que conchavarse de hacheadores de caldenes. ¡Loventuel!—dican. Y bajo el pecho de bronce les tiembia, como una veta de agua bajo la arena, un solero...

Y siguió el cuento.—Tendría que ver, camarada!... Tendría que estar allí, conocerlo todo aquello... Pero no es posible, no. No entran más que los empleados... Y nosotros que pilotamos los bretes de carne sucia y podrida...

¿Ve aquellos bosses?... Ahí, ahí es Loventuel. Los otros de más allá son los de Rucanell. Otro infierno. ¡Ah!... Y bajo la frente amansa del compañero, yo le vi encresparse y rugir, como una veta de lava, la pena, el odio!...

Se acabó el cuento. El epámpero, como a una evocación trágica, empezó a agitar las alas, con asco y miedo a la vez. Y me pareció que veía, humeando sus pestilencias, sobre aquel andén de Pico, los diez bretes con sus dos mil santiagueros...

R. González Pacheco
Pigüé, abril de 1918.

El artesano

Podemos decir que quada ya muy pocos artesanos; las usinas y las fábricas los han devorado casi por completo. Ya no quedan apenas representantes de aquellos maestros de oficios, que formaban las corporaciones, y a quienes se debe la libertad y el régimen comunista de las ciudades durante la época feudal.

El artesano era un hombre poseído de la nobleza de su arte, que ejecutaba todo el manualmente, valiéndose de pocos instrumentos, e imprimiendo un sello de factura personal,

que no pocas veces llegaba a ser el orgullo de una corporación o un ciudad. Era un hombre consciente, verdadero maestro en alguna rievante actividad de la inteligencia humana.

Formado tras un largo aprendizaje con los maestros más célebres o más famosos, era el hombre de peso, tal cual es hoy un hombre de ciencia o de estudio. Ponia su conocimiento, alguna vez también su genio, en un arte como el de la relojería por ejemplo, en el mismo lugar donde lo ponían hoy el físico, el químico o el fisiólogo. Tenía el más elevado concepto de la dignidad de las artes, y luchó muchas veces contra los barones o los obispos, en defensa de la ciudad, no considerándose a ninguno de ellos inferior. Aún son hoy famosos las ciudades que ilustraron los artesanos con alguna rara perfección en el arte de forjar los metales, labrar la madera, etcétera. El crédito fabril de estas ciudades, se ha conservado principalmente por la tradición de sus artesanos.

No sabemos cómo se organizará el porvenir, ni si se sostendrán como hoy las grandes usinas y fábricas, con una exclusión cada vez más completa del tipo del artesano independiente. Esto parece ser lo indicado por la economía de fuerzas, y también por la utilización, siendo un principio reconocido que la potencia aumenta con la masa y que los calores de diez células reunidas, excitadas por la frótación, equivalen a cien células aisladas, no excitadas sino por sí mismas, equivaletiendo una masa de cien de las primeras a diez mil de las últimas. De ello se ha sacado también un argumento para el Comunismo.

Puesto que la fábrica, con la división del trabajo, es un esfuerzo común, y ya no es posible producir ni un alfiler siquiera sin la cooperación común, la humanidad es impulsada al Comunismo por la propia ley que aumenta el calor con la masa.

De todas maneras, y llevados de nuestra concepción romántica, siempre nos es dado soñar con una ciudad de artesanos, todos inteligentes, libres, instruidos, hombres de conciencia y de peso, maestros en su arte, dando a la vez grandeza y nobleza a las aptitudes que existen plegadas en la persona humana. Quizá, en algunos oasis al menos, no fuera necesario aumentar el calor con la masa, con una vida más sencilla y mejor arreglada que en el presente. Y el misticismo, la durabilidad que dió siempre al artesano, compensara a la cantidad; con la fragilidad del maquinismo. Pero quizá no pueda ya darse camino. Mas una cosa ha de hacerse notar, y es que la razón para el Comunismo no desaparece tampoco con el artesano: el esfuerzo, la cooperación común, es necesario para la producción de cualquier objeto que sea, y hasta de las ideas, no sólo porque el carbón, la materia prima, los aparatos o los instrumentos han de ser suministrados por otros, sino porque en el mismo caso se encuentran los vestidos, los alimentos, la instrucción, los libros y todo. Sin la cooperación común, nosotros, artesanos libres de la idea, no habríamos comenzado ni aún a tener uno solo de nuestros pensamientos, ni estaríamos en condiciones de escribir la primera línea, para decir lo que hemos dicho.

que no pocas veces llegaba a ser el orgullo de una corporación o un ciudad. Era un hombre consciente, verdadero maestro en alguna rievante actividad de la inteligencia humana.

Formado tras un largo aprendizaje con los maestros más célebres o más famosos, era el hombre de peso, tal cual es hoy un hombre de ciencia o de estudio. Ponia su conocimiento, alguna vez también su genio, en un arte como el de la relojería por ejemplo, en el mismo lugar donde lo ponían hoy el físico, el químico o el fisiólogo. Tenía el más elevado concepto de la dignidad de las artes, y luchó muchas veces contra los barones o los obispos, en defensa de la ciudad, no considerándose a ninguno de ellos inferior. Aún son hoy famosos las ciudades que ilustraron los artesanos con alguna rara perfección en el arte de forjar los metales, labrar la madera, etcétera. El crédito fabril de estas ciudades, se ha conservado principalmente por la tradición de sus artesanos.

No sabemos cómo se organizará el porvenir, ni si se sostendrán como hoy las grandes usinas y fábricas, con una exclusión cada vez más completa del tipo del artesano independiente. Esto parece ser lo indicado por la economía de fuerzas, y también por la utilización, siendo un principio reconocido que la potencia aumenta con la masa y que los calores de diez células reunidas, excitadas por la frótación, equivalen a cien células aisladas, no excitadas sino por sí mismas, equivaletiendo una masa de cien de las primeras a diez mil de las últimas. De ello se ha sacado también un argumento para el Comunismo.

Puesto que la fábrica, con la división del trabajo, es un esfuerzo común, y ya no es posible producir ni un alfiler siquiera sin la cooperación común, la humanidad es impulsada al Comunismo por la propia ley que aumenta el calor con la masa.

De todas maneras, y llevados de nuestra concepción romántica, siempre nos es dado soñar con una ciudad de artesanos, todos inteligentes, libres, instruidos, hombres de conciencia y de peso, maestros en su arte, dando a la vez grandeza y nobleza a las aptitudes que existen plegadas en la persona humana. Quizá, en algunos oasis al menos, no fuera necesario aumentar el calor con la masa, con una vida más sencilla y mejor arreglada que en el presente. Y el misticismo, la durabilidad que dió siempre al artesano, compensara a la cantidad; con la fragilidad del maquinismo. Pero quizá no pueda ya darse camino. Mas una cosa ha de hacerse notar, y es que la razón para el Comunismo no desaparece tampoco con el artesano: el esfuerzo, la cooperación común, es necesario para la producción de cualquier objeto que sea, y hasta de las ideas, no sólo porque el carbón, la materia prima, los aparatos o los instrumentos han de ser suministrados por otros, sino porque en el mismo caso se encuentran los vestidos, los alimentos, la instrucción, los libros y todo. Sin la cooperación común, nosotros, artesanos libres de la idea, no habríamos comenzado ni aún a tener uno solo de nuestros pensamientos, ni estaríamos en condiciones de escribir la primera línea, para decir lo que hemos dicho.



El agricultor pone en el surco, junto con el grano, la esperanza de sus horas, la energía de su alma, la fuerza de su voluntad.

Deja con el grano, el sudor de su frente: sino la tierra no germina. Se identifica con ella. La quiere como a una mujer buena que le diera hijos sanos y fuertes.

Acompaña con su anhelo a la semilla mientras está bajo la tierra, cuando brota, cuando es espiga.

Depende de la naturaleza solamente, y no de otro hombre que pudiera arrogarse derechos sobre él.

Hermínia C. Brumann
Dib. de Falza

Muertos que no mueren, aunque los maten

La ilusión de todos los tiranos, políticos, diplomáticos y sicofantes es la de pensar que la muerte, así como mata a los insectos y a los paquidermos, mata también a las ideas. Y allí fracasan sentimental y moralmente el muerto ideológico resucita chapoteante, promisor y palpitante paquidermo convertido en pesadilla del tirano y en abono de la historia. Y es así que, jadeantes, sudorosos, formidables, potentes, pujantes y amenazadores, se levantan todos los años los mártires de Chicago, asesinados bajo la fépala ensangrentada de los bárbaros del Norte.

La historia canta, sílba, y grita solemnemente esos hechos y aquél fenómeno, condensados, casi eternizados en este formidable principio, que nos augura la armonía futura, la

tiranía pasa, las ideas quedan; que podemos traducir por el bello adagio árabe: «Los perros ladran, pero la caravana pasa».

«Los pocos van formando la parecía débil, casi infantil; una lucecita que luego se convierte en muralla terrible y ciclópica. Se hace el bloque estrependo, indestructible, porque sus fragmentos son formados de dolor humano, palpitante y caliente; de las entrañas de la fábrica y de las mujeres del pueblo».

Es que lo único civilizado que hay en el universo son las ideas avanzadas que van colocando rápida e incommensurablemente montañas, hitos nuevos y rasgando el porvenir a fuerza de hachazos de luz; y horadan, hacen, trenzados ríndes a las colosales montañas de la tradición,

del dogma y el obscurantismo. Y esas avanzadas no caen como los centinelas de los ejércitos: están amadas con sentimiento, con amor, y sobre todo con dolor. Todo lo demás no es civilización, es stécnicas pura, vale decir, artificio, método, camino rutinario, científicismo, mecánica, ame traladoras, aeroplanos, revólvers, máquinas, que no sirven para maldito de Dios la cosa... La otra civilización, la podemos sintetizar en una sola palabra: la guerra europea.

Podemos decir que el hombre es grande realmente cuando es capaz de sacrificarse por un ideal generoso de amor y de esperanza; cuando va contra todos los instintos, contra esa fuerza ciega y conservadora que se llama la muerte, desafiándola en seco y sucumbiendo para dar vidas nuevas a la humanidad.

Cuando va contra el destino ciego y las circunstancias falaces; cuando no acepta la injusticia organizada; cuando se subleva contra el orden de la majada; cuando va contra todo eso para destruirlo o solamente embestirlo.

Cuando serenamente vive su vida con intensidad y enrostra la tiranía de arriba y a la ignorancia de abajo para que viva mejor la especie. Esto es para nosotros un grande y hermoso ejemplar humano y la única civilización posible, en el alto sentido intelectual y moral de esa palabra tan vilipendiada.

Con todo esto queremos decir que un cerebro sabio, colosalmente sabio, si no tiene una partícula de amor y un átomo de dolor, será según nuestro juicio tan vacío como un cántaro vacío y tendrá el valor de una pesada piedra del camino que estorba el paso del caminante que va en busca del hermano o del bien peregrino y bello.

No hay duda que cuando el mundo se gobierna bien, se gobernará con ideas y no con sabiles mauser, por la sencillísima razón que todo lo demás es pura animalidad inteligente.

No perdamos de vista que los que sellan las ideas con la muerte, son los sillares, los pilastres formidables de la civilización social y no caen ni bajo la acción voraz de las leyes ni bajo el hacha flosa del verdugo, aunque los girones se crean que cayendo de otros cabezas, caerá también el porvenir. Si pensamos que a este no pueden matarlo, puesto que no existe todavía.

Con sus balas, policías, leyes, mecanismos y ejércitos, solo consiguen eternizarnos. Porque resulta imposible esto de matar al pensamiento, que se le mete por todos los subterfugios, se les escapa de las manos, fugo; cuando menos piensan. Sólo podrían hacerlo si decretaran la muerte del ideológico, del apoloneo revolucionario al nacer, como Herodes...

Muy bien dice el gran Barrett, refiriéndose a Ferrer: «Lo grave no es que haya muerto, sino que haya vivido; que después de él perduren y crezcan formidables las energías de que se formó. Ferrer, desposado con la bella muerte que le disteis, engendrará los héroes de mañana».

Tal lo que ha pasado con los mártires de Chicago. Cuántos héroes, pensadores, apóstoles rojos, energías extraordinarias, anhelos infinitos, es-

peranzas incontenibles y esfuerzos inauditos no engendraron del uno al otro con fin! Fueron como madres fecundas, pariendo hijos antácticos por todo el haz de la tierra, poniendo espanto y miedo en la psiquis cobarde de los tiranos y la burguesía. Y más grave que todo eso: se guardarán dándonos Cristos rojos para toda la eternidad.

Victorio M. Delfino

CONCIENCIA

Como todo, no hay más que cosas naturales en la formación de una nueva conciencia individual o de las masas, que por fin colosiona y alumbrará sus actos. Como se forman las nubes y como se forma todo, por agregaciones imperceptibles de a poco, así se forma tal conciencia del individuo o de la masa, por ejemplo del militarismo, de la religión o de la política, que llegada a sé punto de resolución, le hace producir tales actos que vienen a anular o destruir tales otros, los que nos permite catalogarlos en la conciencia a que pertenecen, sean o no adultos o logrados por completo.

Negar que cualquier individuo que sea no se guía en sus actos por la conciencia que tiene, por ejemplo, de la propiedad o del militarismo, hasta ser sino un rebelde declarado un mal propietario o un mal militar; negar, en una palabra, la conciencia, las ideas que están presentes en todo y más que en otra cosa en nuestros actos, es manifestar una gran ignorancia de la verdad.

Ya sabemos, sí, que en las masas no va a formarse de una vez una conciencia antipatriota o antimilitar, total, completamente destacada de la conciencia anterior patriota y militar, de manera que en algo al menos no se contradiga; pero esto no es razón para negar que están en el camino de esta conciencia, cuando algunos de sus actos van por este camino al menos.

La conciencia antipatriota, antimilitar, antiestatal, ha de llegar por las vías ordinarias, tanto a los individuos como a las masas. Lo que quiere decir que tendrá todas sus equivocaciones, sus correcciones o sus errores, y en los actos se demostrará siempre toda la falencia de los individuos, para los casos o los hechos de la conciencia.

Mas puede verse cual conciencia está en lucha con tal otra; cual nueva idea combate ya contra la antigua; cuál es la conciencia general que se va formando acerca de todas y cada una de las cosas que para nosotros son motivo de reflexión; cuáles serán los actos que nos es permitido esperar también...

¡Protestamos que la conciencia, que las ideas, van al frente de los actos humanos! ¡Protestamos que la falencia de los individuos no quiere decir inconciencia; sino falencia tan sola! ¡Bien sabemos cuál es la conciencia, por ejemplo del militarismo, de la religión, de la explotación o de la política, que ya este hombre tiene y aquel otro tiene también!

aura no es el tiempo de antes; que se creen! como dice él, (caba el mate).

Evangelisto. — (Erguido, fuerte de orgullo) Cierro, m'hija: no es el tiempo de antes, no; todo ha cambiado! Veá: antes este campo era como mango abierta. Esta era la estancia «El Sol», quizá porque su dueño era como poncho y los pobres: cubría todas las miesas, Norberto, el padre de Diego, era amigo hasta de los últimos, sabe?... Yo era su mayor domo y me llamaba hermano. Los demás, el que no era como su hijo era como su ahijao... Aura, muerto él, todos (trágico) ¡todos nos sentimos guachos; hasta yo que soy agüelo, que yo no puedo con mis chapines!

Marta. — Vd. siempre con sus sentimientos, tata! (mutis con el mate; en la mitad de la escena, ladca fastidiada al chico que entra).

Evangelisto. — Y como no!... El capataz. — Tata! Tatita! Ya estuvo! Se lo puse hasta el encuentro del primer tiro! (Se le ve tironeando un palo).

Evangelisto. — (Transición) Lindo guachito, lindo! Así me gusta. Mañana, cuando alumbre Dios, lo llamo; no se me vaya a dormir, me entiendo? (De nuevo, reconcentrado) No es el tiempo de antes, no; todo ha cambiado. Diego no es nada mío, ¡nadá! ni de mi hijo Braulio. Es el patrón, nomás; viene en verano a su estancia, y es para hacer chuchuras, como las de hoy, con los insectos. Parece que sale al campo para chiflar y hacer daño, como las vboras!... Y este (por Abrojo que arregla el fuego) de Norberto era un ahijao; lo había recogido guacho, desnudo en una tapera; aquí lo criamos como pudimos. Aura, de Diego, es menos que un piñón. Así anda también el pobre, los saltos y las gambetas, como perro en cancha e bochas. ¡Desgracia!

Abrojo. — Eh! me hablaba, Don Evangelisto?...
Evangelisto. — Sí, hijo, sí; ya es hora de recoger las lecheras. Vaya, deje el fuego; yo lo vi atender. Vaya; ya sabe como le gusta la leche al pie de la vaca a Diego... Braulio a e'cair aura nomás. Vaya. (Poniendo de pantalla la mano sobre la frente, mirando al foro). Boca e noche; entre m'hijito! (Lo recoge en las faldas al capataz. Mutis de Abrojo).

ESCENA CUARTA

Abrojo. — (Seguido de dos guachos, por el foro). Yo no sé nada... Tendrán que verlo a Don Diego... Aura no es el tiempo de antes, saben?... (Don Evangelisto).

Abrojo. — Tardes, güenas, don. Gaucho 2º. — Tardes!...

Evangelisto. — Avancen, amigos. Siéntense, si gustan. Poacá, poacá. (Señalando dos bancos) (se sientan y se sacuden como para hacer caer el barro de las botas).

Abrojo. — (Son reseros; van con tropas pa la feria y parece que no se animan al callejón).

Gaucho 1º. — Está muy fiero, señor; de palo a palo! Vaya. ¡Barbaridad!

Gaucho 2º. — Un! Y vamos arriesgando que se nos agüete todo el chiquitaje. Y pa peor son vacas chuchuras... Yo le dije a éste: ay es el Sol de Don Mena. Vamos a yegarnos, a ver si nos dan pasada po dentro el campo. Nunca pasaron negar... En vida del finadito ni alambre sabían te-

ner tampoco. Gaucho yano don Norberto; sin dibujos!
Abrojo. — (Haciendo mutis por el foro) Sí, pero aura no es el tiempo de antes, no! Y según tengo entendido, más alambre va a poner el patrón...

Evangelisto. — Ya lo oye amigo; aura no es el tiempo de antes.
Gaucho 2º. — Oh! Pero emprestarán las llaves, tan siquiera!

Gaucho 1º. — Eso es: las llaves.

ESCENA QUINTA

Marta. — (Entrando lateral derecha, sofocada). Abrojo! Ande anda Abrojo? (reparando en los reseros) Ah! Güenas noches!

Los guachos. — Güenas noches, mi señora. Güenas noches.
El capataz. — (Despreñándose de las rodillas del viejo y yendo a la madre) Ay! Mamita! Mamita!

Marta. — (Molesta) Quieto, m'hijo! Ando ocupada; vaya con su tatita... Y Abrojo?

Evangelisto. — (Recogiendo al chico). Fúe a recoger las lecheras. No ha e tardar...
Marta. — Es pa que ensille el caballo de don Diego. ¡Pronto! Ya dir-se aurita. ¡Caramba!

Evangelisto. — (Calmoso) Vaya tranquita m'hija. Ya se le ensiyará. De mientras, dígame a Diego que aquí hay dos hombres que piden que les empreste las llaves pa pasar con tropa e'cria por su campo. Ta anegao el callejón, dígame...

Gaucho 1º. — Tenemos que amane-cer cerca l'pueblo, mi señora. Hemos de entrar con la hacienda en los corrales, temprano.

Gaucho 2º. — Nos espera ayá el patrón. Como se ha e'negar el hombre... (altivo) Digo, si es guacho, como su finau tata.

Marta. — (Aparte, de cara a las habitaciones). Tan luego hoy se le ocurre! Ta con un genio Don Diego!... ¡Dios mío!

Evangelisto. — Vaya m'hija; vaya autoritario ante la indecisión de Marta! Pida pa estos hogberes, pues! Oh! pi-da que no la van a comer!

El capataz. — (Que se ha desahogado de las rodillas del viejo yendo de nuevo a la madre) ¡Mama, mamita!

Marta. — (Separándose bruscamen-te). ¡Pego que fastidio, m'hijo! No le he dicho que ando ocupada? ¡Virgen santísima! Vaya, vaya con su tatita!... (lo empuja y hace mutis).

Evangelisto. — (Recogiendo al chico) Ah! terneroito pequeño. Venga pa cá con su agüelo. El también se siente guacho; y eso que ya es toro viejo. (Le alisa el pelo sobre la frente) No ha e'tardar, Braulio; su padre: (a los reseros) Han de conseguir amigos; (dándoles mate) no ha e'cer hebra del reves de mi hermano...

Gaucho 2º. — Y de no, pacencia, pues! (resuelto) Llegar hemos de llegar, nomás!

Gaucho 1º. — Sí, tenemos que amane-cer frente al pueblo, en el boquete.

Evangelisto. — (Levantándose con el muchachito en el brazo y con el oído atento, al campo). Grito d'teros... Por ahí viene m'hijo Braulio. (Se sienta y aviva el fuego).

Diego. — (Desde adentro con voz descompuesta, silvadora) ¡No! ¡No hay llaves para nadie más aquí! Se acabaron las pasadas por mi campo! Ya sé yo que son prestos, para carneros.

Marta. — (Retorcida de medida que él avanza, con la cabeza baja como de-

¡Que nó!
Gaucho 1º. — (A su compañero) Echamos mala, caño. Este solo es igualito que el que pintan los pulperos sobre el frente de sus casas; de luz muerta.

Gaucho 2º. — Oh! Pa los guachos todo es güeyca. (resuelto) Hay que rondar en el pueblo, dijo?... ¡Al pueblo! De vamos! En este rumbo nos fíjalaremos; como por un hilo. (Meta fiero a los alambres).

Evangelisto. — (Moviendo la yerba al mate, amargado) No es el tiempo de antes; no es el tiempo de antes. (Se encoje sobre el muchachito como para protegerlo) No es el tiempo de antes!

Gaucho 2º. — Lo estamos viendo. (a su compañero) Vamos, caño?
Gaucho 1º. — Vamos. (se despiden) Pasario bien; buenas noches...

El capataz. — ¡Mama, tatita me' yeba al campo mañana! Me va a ensiyar mi petizo. Enlaéc un toro del primer tiro...

Marta. — Güeno, hombre! Que lo lleve Y de fí? (fastidiada).

Braulio. — (Rodeándole el cuello con un brazo, mientras con el otro sostiene al chico) Oh! vana si será aurita; se ha güelo chucara su mama, hijo. (Marta hace un gesto de fastidio) Si hasta golpea el terneroito... Caray!... Y áura comienzo a acordarme que ya hace días que anda así... (serio) Que le han hecho, vamos a ver... Dígame sus sentimientos.

Marta. — (Queriendo desprenderse del brazo y mirando lateral derecha) Ah! qué fastidio! Te dicho que ando ocupada! dejame aurá!

Braulio. — (Zalameo) Oh! no que-ro, venga pa cá! ¿se ha empacoo?... Y no me mira tampoco? Y tiene (levantándola de la barba) la cara largueta, como chupada...

Abrojo. — (Evangelisto entra por el foro sin ser notado; se detiene a mirarle, enternecido. Va a depositar el balde cuidadoso, cuando de lateral derecha entra el silbido estridente).

Evangelisto. — (Dejando caer el balde violentamente; echa mano a la cintura y se abalanza lateral derecha). ¡Viborra, juna!

Marta. — (Se zafa de Braulio, suelta las flores, y retrocede en dirección al silbido) ¡Jesús, Don Diego! (gritando de adentro) ¡Abrojo! Pronto, el caballo!

Braulio. — Oh! ¡Marta! ¡Eh! (va a seguirlo pero topa al viejo que ha avanzado hasta la puerta cubiéndolo en mano) Ah! Tata! Taba usted aquí?... Güenas noches... (serenándose)

Evangelisto. — (Entrando lateral izquierda y recogiendo al chico) M'hijito, aquí está su padre; venga! Que dice mi hombre; que ha hecho hoy... Cuéntele a su tata, a ver?

El capataz. — (Aborrazado) Enlaéc un toro del primer tiro... Tatita me yeba al campo mañana.

Marta. — (Aproximándose lateral derecha) ¡Abrojo! Abrojo! El caballo pa don Diego! Pronto! (sorprenida ante Braulio) Ah! yegaste, yá?

Braulio. — No me esperabas? (es riñoso) Vána si es mala... (yendo hacia ella) Y yo que creaba que había de estar muriendo por ver l'stampa e su guacho... Dende el rodeo hasta aquí no le saqué la lonja al escuro viejo. ¡Pobre animal! L'hice oler viento e que-rencia y lo enderecé a los cardos, corriendo campo, la chispería e las espaldas. (Seré infeliz! riéndose).

Marta. — (Retorcida de medida que él avanza, con la cabeza baja como de-

seando evitarlo) Este... Y Abrojo?... Buscaba a Abrojo, yo...

Braulio. — (Quitándose el sombrero, del que le caen algunas flores silvestres) Abrojo?... Flores, has de andar buscando... (galante) Aquí están pa que se sirva, mocita. Son de ayá, del fondo el campo, del otro lao de los médanos, donde no yegan ni los pajaritos. Del corazón del pago, que diría Irineo... Las corté al alba pensando en una persona. Y las puse en el sombrero pa que así mi pensamiento olera lindoo... Oh! tan materra! (acercándosele) Sírvase, pues! Me desprece?...
Marta. — (Tomándolas con desgano) Don Diego quiere el caballo de seguida... Va dirse aurita... ¿Y Abrojo? Buscaba a Abrojo, yo. (rechazándolo suavemente) Táte quieto, por favor! Ando ocupada!

El capataz. — ¡Mama, tatita me' yeba al campo mañana! Me va a ensiyar mi petizo. Enlaéc un toro del primer tiro...

Marta. — Güeno, hombre! Que lo lleve Y de fí? (fastidiada).

Braulio. — (Rodeándole el cuello con un brazo, mientras con el otro sostiene al chico) Oh! vana si será aurita; se ha güelo chucara su mama, hijo. (Marta hace un gesto de fastidio) Si hasta golpea el terneroito... Caray!... Y áura comienzo a acordarme que ya hace días que anda así... (serio) Que le han hecho, vamos a ver... Dígame sus sentimientos.

Marta. — (Queriendo desprenderse del brazo y mirando lateral derecha) Ah! qué fastidio! Te dicho que ando ocupada! dejame aurá!

Braulio. — (Zalameo) Oh! no que-ro, venga pa cá! ¿se ha empacoo?... Y no me mira tampoco? Y tiene (levantándola de la barba) la cara largueta, como chupada...

Abrojo. — (Evangelisto entra por el foro sin ser notado; se detiene a mirarle, enternecido. Va a depositar el balde cuidadoso, cuando de lateral derecha entra el silbido estridente).

Evangelisto. — (Dejando caer el balde violentamente; echa mano a la cintura y se abalanza lateral derecha). ¡Viborra, juna!

Marta. — (Se zafa de Braulio, suelta las flores, y retrocede en dirección al silbido) ¡Jesús, Don Diego! (gritando de adentro) ¡Abrojo! Pronto, el caballo!

Braulio. — Oh! ¡Marta! ¡Eh! (va a seguirlo pero topa al viejo que ha avanzado hasta la puerta cubiéndolo en mano) Ah! Tata! Taba usted aquí?... Güenas noches... (serenándose)

Evangelisto. — (Entrando lateral izquierda y recogiendo al chico) M'hijito, aquí está su padre; venga! Que dice mi hombre; que ha hecho hoy... Cuéntele a su tata, a ver?

El capataz. — (Aborrazado) Enlaéc un toro del primer tiro... Tatita me yeba al campo mañana.

Marta. — (Aproximándose lateral derecha) ¡Abrojo! Abrojo! El caballo pa don Diego! Pronto! (sorprenida ante Braulio) Ah! yegaste, yá?

Braulio. — No me esperabas? (es riñoso) Vána si es mala... (yendo hacia ella) Y yo que creaba que había de estar muriendo por ver l'stampa e su guacho... Dende el rodeo hasta aquí no le saqué la lonja al escuro viejo. ¡Pobre animal! L'hice oler viento e que-rencia y lo enderecé a los cardos, corriendo campo, la chispería e las espaldas. (Seré infeliz! riéndose).

Marta. — (Retorcida de medida que él avanza, con la cabeza baja como de-

(Segue en la página 8)

CON EL FAQUIR,

— POR ISAAC L. PERETZ



ISAAC L. PERETZ. — POR BILIS

En la celda de un faquir entra un hombre a quien difícilmente puede describirse: descalzo, el cuerpo enfiquecido está cubierto de harapos, y sin embargo, sus gestos son firmes y castos soberbios. La piel contraída de su rostro atestigua que es de edad avanzada y la mirada de los grandes ojos negros es severa y llena de vigor juvenil. Sus labios son azules y algo deprimidos, y en los ángulos de su boca se dibujaba una sonrisa de nostalgia, de ironía y de bondad.

El faquir se levanta y va a su encuentro, merced que raramente concede a sus potentados.

—Vengo a pedirte algo... dice el visitante.

—Tú lo dirás... responde el faquir.

—¿Harás lo que yo te pida?

—Sí lo querré... contesta el faquir. Y añade humildemente: Y si lo pedire, tú lo puedes, de eso estoy seguro... dice el huésped, y su voz se hace cada vez más seria y clara. Más de una vez te he visto hacerlo, pero no gratuitamente.

—¿Y tú no puedes pagar?
—Quizás... No obstante...
—¿Con qué?... interroga el faquir y examina nuevamente al andrajoso y soberbio huésped. — Hijo mío, agrega, no habrás...

—¿Robada? No. No te pagaré con dinero, sino con mi propia historia.

—¿Tan importante es ella? ¿Será de algún provecho para mí?

—Es de importancia, pero según te parezca quién... No sé si te será de alguna utilidad. Sin embargo, te librará de un pesar.

—¿Cómo?
—Mi entrada, mi persona, te han interesado. Tienes interés en conocerme, y si yo me fuera sin hablarte, pensarías de mí más de una vez: «¿Quién era? ¿Qué es lo que deseaba?» Y el tiempo del faquir es precioso y sus pensamientos, más preciosos aún, pues el faquir vive del tiempo y de sus pensamientos.

El faquir meditó un instante, preguntándose si estaba realmente interesado en conocer a su huésped.

Este, mientras tanto, le dice:

—Oye, faquir, tú eres viejo, muy viejo. Tus sentimientos ya se han muerto. Tu corazón de nada se alegra... Vives solamente con la cabeza... El único órgano vivo que posees es el cerebro; únicamente él experimenta el placer y el dolor, porque piensa y quiere saber.

Hazlo, pues, en bien de tu cabeza; que tenga una impresión más antes de la agonía.

—Bueno... accede el faquir. Se sientan y el huésped comienza a relatar:

—De niño, solía pasear con mi padre por entre las montañas situadas tras el castillo.

—¿Vivías en un castillo?

—Sí. Un día espantamos a un águila, que huý volozmente hacia el cielo. También yo quisea volar de esta manera; pensó en voz alta. «Así lo haré... me contestó mi padre, pero no por la atmósfera. El espacio no es nuestro elemento; no podemos vivir en él, ni de él...»

«Y volarás, prosiguió, hacia otro cielo; hacia las doradas estrellas que están bordadas en los tapices azules del palacio real... Y te dirigirás directamente hacia el sol, o sea nuestro rey. Los rayos que su magnificencia desprende, son los más brillantes que se conocen, y no están destinados para cualquiera, o para el primero que se presentes...»

—Más tarde referí esta conversación a mi maestro, faquir también como tú. Al contársela, su rostro quedó inmóvil, y me dijo: fría y severamente: «El águila, para vivir, debe comer, y para ello es necesario que descienda a tierra, pues los alimentos se hallan abajo, y frecuentemente, en el lodo.»

—Muy discreto.

—Pero yo no lo entendí y pronto olvidé sus palabras.

—Me acordé de ellas cuando era primer ministro.

—¿Mancipuci?
—Así me llamaban.

—¿Y ahora?
—Carezco de nombre.

—¿Cuándo sucedió?
—Hace varios años... Me complacé el que lo hayas ignorado... y que caídas tan por encima o lejos de mi pasada vida. Un día estaba yo inclinado ante el sol durante largo rato, y se me ocurrió la rusa idea de enviar a las columnas del palacio, que lo sostenían sin doblarse...

—¿Y lo dijiste?
—No. Aún no estaban acostumbrados mis labios a tales palabras. Hicó un gesto de impaciencia... El sol lo advirtió...

—¿Y vivías?
—Grande era el amor que me tenía. Me redujo al estado de Luna: me dieron una provincia para administrar.

—¿Y estabas satisfecho?
—Un corto tiempo... hasta que pasó el sol y la luna no se inclinó debidamente.

—¿Y?
—Me degradaron al estado de Estrella: diáronme una ciudad.

—¿Y reinaste hasta que apareció la luna?
—Cierro. Cada vez me doblaba menos... y tuve que ingresar en la Vía Láctea, confundido entre miles de pequeñas estrellas...

—¿Y?
—Y llegó un día en que me expulsaron del cielo.

—¿Y tu padre, el soberbio señor del castillo?

—No pudo soportarlo, y me dejó una cuantiosa herencia, con la que podía formarme un pequeño cielo...

—¿Y no lo has hecho?
—No. Yo tenía otra pasión. Quería que mis semejantes fueran mis iguales y cesaran de inclinarse...

—Peligrosa pasión...
—Compré vestidos y vestidos; abrí las puertas del castillo... hice anunciar por todo el país que cada cual viniera a llevar lo que le agradara. Pero exigía una sola condición: nadie podía agradecer... El que lo hiciera, debería pagar...

—¿Y fueron muchos los que así obraron?

—Pocos. Más con el tiempo aumentó el número de los que no agradaron; después me...

—¿Arrestaron?
—No, me encerraron en el manicomio.
—Claramente, por derrochador.

—Cuando salí del manicomio no me quedaba nada de la herencia. Amigos y parientes la habían disipado. Surgieron deudas: mi estancia en el manicomio regió costó demasiado caro.

—¿Ea a trabajar, me dijeron al ponerme en libertad?

—Y esto, es de suponer, que no lo agradó al ex-ministro.

—Por el contrario, después de tanta holganza, yo quería trabajar. Pero no podía mendigar el trabajo. Me era imposible mendigar e inclinarme.

El huésped calla un momento y el faquir pregunta:

—¿Quieres que te lo enseñe?

—Esto jamás podría enseñárgelo — replica el huésped con orgullo. El hambre y la sed eran impotentes para hacerlo... Ya estoy hastiado de la vida...

—¿Quieres que te libre de ella?

—Oh, no! Para esto no necesito tu

ayuda. El primer río que encuentre... el primer árbol... sería suficiente... y no tendría que contar mi historia.

—¿Entonces?
—Yo creo, faquir—cada uno tiene su creencia, hilo con que los dioses nos unen a la vida... que vendrá un tiempo de hombres rectos, con columnas vertebrales bien tiesas, de hombres que no querrán ni podrán inclinarse. Pues bien, yo quisiera ver ese tiempo!

—¿Tanto quieres vivir?
—No. Yo no pagaría tanto por el bien futuro... Quiero dormir y quedar sumido en el sueño hasta aquella época dichosa. Tú puedes hacerlo: adórmeceme.

El faquir calla.

—¿Te niegas a cumplir tu palabra?

—No, pero esto pensando: ¿Quién te despertará? Yo no podré hacerlo. Mis hijos y nietos, tampoco... ¿Quién, pues, se acordará de tí?

—No temas... A mí me despertará el tiempo, pues DÉS TODO tranquilo no ha de llegar...

Isaac L. Peretz

Traducción del alemán por S. Resnick, para "La Obra".

"Las Víboras" (Continuación)

tambo, se cruzan como en su casa, manitas. Cién al olor de la leche; pero juegan cuanto ven cristiano... De temer las son las otras, las de puerta dentro, m'hijo. Esas que chillan tan pronto bajo los suelos, como en el techo o el quíncho. El rancho es de enyas. Y pueden aparecerse lo mismo dentro y si bota, que en el pecho e su mujer, mandándole, como con un palmo e cola en la boca de su hijo; hasta augarlo; sabe? Esas son malitas! Jum!.. Y desas dando óndo una aquí hace días...

—Braulio. — (Extrañado) Aquí, tata? M'extrañal... nunc'habido.

—Evangelisto. — (Señalando para las habitaciones) Mismo aquí m'hijo! En la estancia «El Sol». Ah, pero a e'cír. Y yo la he ver el primero. (amenazando) Yo te e'pastoriar, malidia!

—El capataz. — ¡Tatita! Verdá que mañana vamos al campo? Yo enlánc un toro del primer tiro...

—Evangelisto. — Sí, hijito, sí. Mañana ni bien alumbre tiene su caballo pronto. (A Braulio, solícito) Juerce el día, no?... Y cómo le a'ido, hijo?

—Braulio. — Sí, juerce, tata. Y ¡Thacienda brava, loco e fuegos! Toda la mañana corrimos pa' desmocarla al campo.

—Evangelisto. — ¡Y a juerce de los médanos, pa' rodar ¡qué un trinito, ¡Pobres muchachos! Lunita rodó tres veces... ¡Tres paradas, tata! En la última se le hizo un ovillo el zaino en medio a la novilla. Si no ando listo, me lo cormean; ¡Chicho gauchó! Y se rálba este cristiano! (ríendose) Pero encerramos. Ya están los ochocientos novillos en el potrero del medio... Diái, en tres horas, nos ponemos en la férta; Ahí tengo que hablarlo a Diego. (hace mención a pararse).

ESCENA SEPTIMA

—Braulio. — (Por el foro, victorioso) No les dije? Si soy lo mismo que braujo! Ya se me empezó la «pampa». Yo la víde que ayer me andaba matiendo,

remolona y los golpes con la cría! La víbora, pensé yo! Y es la víbora no más, Don Evangelito. ¡Por mi madre, que me muera, si no le mama la víbora! Si ya le miré las albras: tamién rescas, sin gola e'leche. Y ena, la ca... Gueno, sabe? ¿me comprende?... En los días como éste de hoy, las vaquitas se rodean al borde de los jagüeles, aplastadas. Rascan, escarban los suelos, como oliendo aguas lejanas. Y las paridas se dueñan bajo el peso de las ubres; se gotean como ñañales... Los terneros, los pobres, se rezagan, asoleados, pedidos en los respalderos. Y el toro, los ojos como candiles; pero sin ver nada, hijito, ciego e'latiá, se escuende en las polvaderas; que se echa al lomo. ¡Pacee una tormenta e tierra bramándole a los terneros!

—Entonces es, sabe m'hijo? La víbora elije la vaquita más lechera; esas que tienen las ubres como racimos, empapados en trocés e'yruos... ¡Las más güenas, las más mansas, siempre! ¡Sí, sí!

—Braulio. — (Sentándose) Ayá iba a ver la «pampa»... con doña María... Yo les conté y jueron. Puó ya (señalando el foro) Puó ya van; ve?...

—Evangelisto. — (Agitado) Tamién Marta iba?...

—Braulio. — (Enderezándose con el muchachito cargado) Vi alcanzaros; tengo que hablar con Diego; a ver qué hacemos mañana. Vamos hijo, a ver su mams. (mutis).

—El capataz. — Yo quiero ver el ternero. (saliendo) El ternero... el ternero...

—Evangelisto. — (Medio alzado sobre su banco) Este... Braulio! (más fuerte) ¡Braulio! ¡Hijo!

—Braulio. — (Desde fuera, lejano) Ta?... Ta?...

—Evangelisto. — Este... Tome otro mate, pues, hijo!

—Braulio. — (Más lejano) ¡Ya güé; no, tata; ya güé! ¡Via ver esa facinada, ¡Vaca loca!

—Evangelisto. — (Aplanado en su banco, los ojos hijos en la noche e dirección a Braulio. Ha visto el drama. El fuego se apaga; solo alumbra la escena el candil) ¡Taré de Dios!... Taré de Dios; que tenga que ser mi Braulio... ¡Disgracia!

—Braulio. — (Hablando solo porque nadie le atiende) Gaucho lindo es el sapito! Ese sí! El se despacha a escupidas.

—Evangelisto. — (Intencional) Dicen que muerta la víbora, la vaca güelve a la cría...

—Braulio. — (Hablando solo porque nadie le atiende) Gaucho lindo es el sapito! Ese sí! El se despacha a escupidas.

—Evangelista. — Vaca perdida, digo!

ESCENA OCTAVA

—Braulio. — (Entrando, los ojos llorosos, blanco, con el muchacho apretado sobre el pecho) ¡Perdida, tata, perdida! (se sienta huido, muijendo dentro el dolor de lo que ha visto).

—El capataz. — (Solocado del aprehujón del padre, me para en sus faldas) Y por qué perdida, tata? Y el ternero tamién?...

—Braulio. — Todo perdido m'hijo!... ¡Todo! Por esa víbora!

—El capataz. — (Se encoje entre las faldas de Braulio, entoma los ojitos e tembloroso, a media voz) Cuénteme, cuénteme, tata...

—Braulio. — (Sobre la cara del capataz) Ah! las víboras, m'hijo! No salen más que en verano, como los ríos. D'invierno duermen, empalizadas, en las frías, bajo la tierra. Es el sol que las arranca como un grito al sueño. Las hace saltar de raíz, como daños. Y cuanto más calienta é! disparamando su quemazón por los campos, más brotan eyas y se alzan en las bocas de sus cuevas, como insultos. ¡Malezas varias! El medio día las encuentra, cimbrándose entre pajas, los chiflitos...

—Hijito! ¡Hijito! Las víboras son «el malo!» ¡E digo que son «el malo», las víboras! La tierra solo las guarda d'invierno, muertas. De verano las escupe, pa que, vivas, no le empozñen la raíz al pasto. ¡Sí, sí! Son escupidas de abajo, de lo projuendo, de la boca del infierno, hijito! Pué eso es que mientras tanto viviente pedazo o canta a la luz, solo eyas muerden y chillan, ¡Pee es su sino, su sino!

—Güeno, sabe? ¿me comprende?... En los días como éste de hoy, las vaquitas se rodean al borde de los jagüeles, aplastadas. Rascan, escarban los suelos, como oliendo aguas lejanas. Y las paridas se dueñan bajo el peso de las ubres; se gotean como ñañales... Los terneros, los pobres, se rezagan, asoleados, pedidos en los respalderos. Y el toro, los ojos como candiles; pero sin ver nada, hijito, ciego e'latiá, se escuende en las polvaderas; que se echa al lomo. ¡Pacee una tormenta e tierra bramándole a los terneros!

—Entonces es, sabe m'hijo? La víbora elije la vaquita más lechera; esas que tienen las ubres como racimos, empapados en trocés e'yruos... ¡Las más güenas, las más mansas, siempre! ¡Sí, sí!

—Braulio. — (Sentándose) Ayá iba a ver la «pampa»... con doña María... Yo les conté y jueron. Puó ya (señalando el foro) Puó ya van; ve?...

—Evangelisto. — (Agitado) Tamién Marta iba?...

—Braulio. — (Enderezándose con el muchachito cargado) Vi alcanzaros; tengo que hablar con Diego; a ver qué hacemos mañana. Vamos hijo, a ver su mams. (mutis).

—El capataz. — Yo quiero ver el ternero. (saliendo) El ternero... el ternero...

—Evangelisto. — (Medio alzado sobre su banco) Este... Braulio! (más fuerte) ¡Braulio! ¡Hijo!

—Braulio. — (Desde fuera, lejano) Ta?... Ta?...

—Evangelisto. — Este... Tome otro mate, pues, hijo!

—Braulio. — (Más lejano) ¡Ya güé; no, tata; ya güé! ¡Via ver esa facinada, ¡Vaca loca!

—Evangelisto. — (Aplanado en su banco, los ojos hijos en la noche e dirección a Braulio. Ha visto el drama. El fuego se apaga; solo alumbra la escena el candil) ¡Taré de Dios!... Taré de Dios; que tenga que ser mi Braulio... ¡Disgracia!

—Braulio. — (Hablando solo porque nadie le atiende) Gaucho lindo es el sapito! Ese sí! El se despacha a escupidas.

—Evangelisto. — (Intencional) Dicen que muerta la víbora, la vaca güelve a la cría...

—Braulio. — (Hablando solo porque nadie le atiende) Gaucho lindo es el sapito! Ese sí! El se despacha a escupidas.

—Evangelista. — Vaca perdida, digo!

y dentro hacerles un cerco e'babas. Les da güelta alrededor y escupe hasta secarse el gañote. ¡Meta y meta! Después, se retira dos o tres trancos pa tras y dentro a cantar. (imitando al cantar y las posturas del sapo) Pa desperterías será? Parece que les dijera: ¡Aurra, pués, endurezca y atropelle! ¡A ver mi dotal! Aquí estoy a su mandao... La víbora se despierda y lo encara como a comerlo; pero cuanto toca la líña e'babas, recula el ruido del lomo; no pasa ni a garrotazos. Y comienza a atropellar pa tras los laos y a volverse sobre el royo. Atropreyar y volverse sobre el royo. Atropreyar y volverse. Y el sapo, las risadas que se las pela!... Cristiano gaucho! La víbora se mata a golpes.

—Evangelisto. — (Insinuante) Hasta el peludo las mata...

—Braulio. — (Triunfal) Cierito é! Las pasa a la disparada y pisando en puntas de uñas. Y con el serrucho e la cáscara dentro a tajarlas. Oh! y se enlance el reptil y se le clava en el lomo. Diánle e a entrar! Se hace pedazos los dientes... Tamién la güelva es gauchita linda! Las echa al viento y las solvianta hasta el quinto lomo. Y de ay arriba las larga, como flechas, de cabeza, sobre el duro de las playas. ¡Se hacen astiyas!

—El capataz. — (Adormilado) Y el toro nunca las mata... tatita?

—Evangelisto. — El toro, dueño e'las vacas, no las mata; solo las ve si las pisa, yo colijo. Pero es deber que las mate... ¡el hombre! Por la cría, más no seaca... (A Braulio, sentencioso) Los terneros que las vacas abandonan, caso de yegar a grandes, no sirven ni pa toros ni pa güeyes... (autoritario, imperante, cara a cara) Pero matada la víbora la vaca güelve a la cría. Y aque los toros se escuendan, borraos en las polvaderas, pa algo es que tienen las aspas, pues!

—Braulio. — (Lo mira un instante, los ojos llorosos de coraje, muijendo un dolor de lado, adentro; deposita el muchachito dormido ya en las pollizas del viejo y sale lateral izquierda) ¡Perdida! ¡Perdida!

ESCENA NOVENA

—Diego. — (Seguido de Marta por el foro, nervioso) Un mate, viejo, para el estriño! (parlero) Estoy contento del día de hoy. Cosa rara! El movimiento, la acción, estos desgastes nerviosos, me tonifican, parece; al menos me hacen cambiar no sé qué sentidos nuevos, hasta ahora inéditos para mí... ¿Me entiendes, viejo?... Ya sé qué Vd. no me entiende.

—Evangelisto. — (Empacado) Te óigo nómas... Te vengo óndoo hace ya días... Jum!

—Diego. — (Sin escucharlo) Palabra. Por la primer vez, este año, encuentro que casi vale la pena vivir aquí, en el campo, bajo este sol que antes me flechaba hasta desescarmame. Como si recién se empezara a desarrollar en mí el destino. Por eso es, seguramente, que tras cada contrariedad vencida, siento crecer, desdoblarse aptitudes de combate, listas y ágiles. ¡Qué chasco se harán mis amigos cuando vuelva a Buenos Aires. Me decían: anda, ciferete, resquebrárate la piel, hazte duro a la intemperie. Te esperamos achacosos, gruñón y viejo... ¡Qué chasco! Voy a volver como un acero lincado, relampagueando desiguos belicosos... Eh! vieji-

to! y... no hay mate?... (Marta se dirige al fogón a prepararlo).

—Evangelisto. — ¡No hay! (Marta se retira dominada por la negociación del viejo).

—Diego. — Bueno... Voy a tomarlo a otra parte, entonces. Ya sé, ya sé, que Vd. está violento, empacado, por eso de hoy, de Agapito... ¿Que hemos de hacerle! (encarándolo) Ahí tiene Vd. en la manera de apreciar ese incidente, está contenido todo lo que nos distingue... A Vd. le produce pena, tal vez rabia, eso; a mí... si no alegría, por lo menos la satisfacción de una victoria ganada en ley. Son los destinos opuestos, viejo. Yo digo siempre: adelante, eñes, el que caga! Vd... (transición) Pero dejemos esto; que le disgusta... Me voy ahora. He de cenar con Nicolás; me ha invitado. ¡Oringo bandido! Me trabaja porque le arriendo una chacra; pretende que le lotee la flor del campo: el «Albardón de los cisnes», nada menos. Veremos. (A Marta, intencional) Linda la gringuita, no? ¡Pinturera como pañuelo de tano. (Repinando en Abrojo) Y... che, ensillaste mi caballo... Ensilaste te preguntó! (gritando) Contéstame, que te quedás como pichón caído del nido! ¡Imbecil!

—Braulio. — (Se levanta de un salto, tropieza en algo, evita un lazazo infamario) ¡Ya voy, don Diego; ya voy! Por esta cruz: me olvidé! ¡Qué me suena, si no me olvidé! (mutis por el foro cargando el apero).

—Diego. — (Furioso) Vé viejo, ve?... A este, si no se despalba, no lo echo, lo echo! ¡Gran imbecil! (mirando en dirección a Abrojo).

—Evangelisto. — (Escarbando el fuego) Um! A...ese, y a mí, y a Braulio, y hasta este tamién (señalando el capataz) Tenés entrañas pa todo!...

—Diego. — (Volviéndose rápido) ¿De qué, viejo?

—Evangelisto. — Que no lo rigorís más! (con autoridad) Ta ido ese pobre, acordao. Y es gauchó! Con eso se dice todo!

—Diego. — (Socorramente) Ah! Sí. Veá: para todos esos males yo sé el remedio... Pero... ¿no me canas Vds?

—Marta. — (Que ha estado pendiente de las palabras de Diego, sobresaltada) Ah, sí: ví a preparar la ceba. Ya es hora. (se dirige a tomar un asador a un rincón).

—Evangelisto. — Antes acuésteme este gauchó; parece que se ha dormido; veá! (medio se para con el muchachito en las rodillas) Hay que cuidar la cría, m'hija.

—Marta. — (Fastidiosa) Sí, ya voy, tata; ya voy! (implorante) Déjeme hacer por favor! Por favor!...

—Diego. — Bueno; yo voy a limpiarle un poco, para irme. (gritando) ¡Abrojo! Y ese caballo, che?...

—Braulio. — (Voz lejano) Ya estando ya mi Don Diego! Aura le aprieto la cincha. Desenguida va estar!

—Diego. — (Medio mutis; cerca del lateral derecha detiene a Marta, mira al viejo, que acuna al chico, de espaldas) Um... beso de despedida... Veni (mutis).

—Evangelisto. — (Desprendiéndole la camisa en el cuello al capataz) Así... Así, despendido; pa que aquí en este poquito se asiente ¡Angel la guarda, m'hijo!... Pa que le proteja el sueño a mi guachito... Así... Así.

—Diego. — (De puera adentro a Marta, indecisa) Chits!... Chits!...

—Evangelisto. — (Con el oído en las

habitaciones) ¡Aí!... Otra vez el chiflo e víbora! Ah!

—Diego. — (Más insistente) Chits... Chits... (Marta hace mutis).

—Evangelisto. — (Levantando la cabeza sobre el chico mira la escena vacía) Tan patente como lo di. (de nuevo sobre el muchacho) Pa que lo proteja su angel, m'hijo... Así mi guacho: el nuevo guachito e'la estancia «El Sol», (saca el cuchillo, arrioma una piedra de afilar con el pié y lo pasa; jubra el filo en el fogón, lo pasa nuevamente y lo guarda).

ESCENA DECIMA

—Abrojo. — (Desde el foro, grito de caso) Ya s'ía el caballo ensillado, Don Diego!... Ah!, no s'ía... Y áura? (se detiene en la puerta y poco a poco se vuelve, atento a una voz lejana que, entre un ruido de concerto, se alza cantando) Oiga don Evangelisto... Ese es Irineo o es su alma?... No yo que pasa cantando?

—Irineo. — (Cantando) Alazanes, prendas más, Rubias como las estrellas; Yo no conozco más güelias Qué las de mis fantasías...

—Evangelisto. — (Atento al canto) Oigo, sí! Claro que lo digo!... Se vá el jilguero del pago! Vuela, remonta del nido como de un árbol seco... Claro que lo digo!

—Irineo. — (Más lejano) Alazanes, prendas más, Que no les dentro calambres Ni se encrespen sus pelambres Frente al pago que se ensancha Que yo voy abriendo cancha ¡Meta fierro a los alambres!

—Evangelisto. — (Medio enderezándose y cayendo luego sobre su banco con el muchachito dormido) ¡Sí, muchacho, sí! ¡Los alambres son las rejas de la pampa! ¡A gritos! ¡Es sobre ellos que se quebra el destino de los gauchos! ¡Meta fierro a los alambres!

—Abrojo. — (Asustado) ¡Mi dios! Mañana va a matar uno don Diego!... Y ¡que pensaba alambrear, alambrear más entuavía!... No juyo al campo (ya a disparar, pero la presencia de Diego lo inmoviliza).

ESCENA ONCE

—Diego. — (Acerándose lateral derecha) Bueno, mirá, che: esto no va a pasar más, sabe? ¡Ni esto, ni nada! Cuando yo diga ensillá el caballo, vos ensillá! (gritando) Vos lo ensillá! (avanzando con el rebenque alzado) ¡Oiste, guacho! (Abrojo recula hasta desaparecer en la obscuridad).

—El capataz. — (Sobresaltado a las voces, salta de las rodillas del viejo y enfrentando a Diego grita espantado) ¡Tatá! ¡Tatita! Las víboras!

ESCENA DOCE

—Braulio. — (Entra corriendo lateral izquierda, cuchillo en mano, bramando cólera o dolor con sordo acento de garganta).

—Diego. — (Detiene el brazo en el aire y se vuelve, silbando las palabras) Ah! Estabas aquí?...

—Braulio. — ¡Vibora! ¡Vibora! (salta y lo atraviesa de una puñalada) ¡Así cormean los toros!

—Evangelista. — (De pié con los brazos

abiertos) ¡Hijo! ¡Braulio! ¿Qué ha he- so m'hijo?...

(El capataz, caído entre ellos, grita, loco).

ESCENA ULTIMA

—Marta. — (Desspalada, descompuesta, entra lateral derecha, se detiene, mira a Diego que se revuelca, y se abalanza a su hijo) ¿Qué tiene m'hijo, qué tiene?... Aquí está su madre, su pobre madre!

(lo recoje, lo acuna arrodillada y lo besa) ¡Hijito! ¡Hijito!

—Braulio. — (Que ha avanzado para la segunda puñalada a Marta, se detiene al ver a su hijo; se vá hacia atrás, sobre el pecho de Evangelisto) ¡Vaca! ¡Vaca! ¡Y se le cae de la mano el cuchillo).

(El fuego alza una llamarada que se rojece el cuadro).

TELON

R. González Pacheco



Y sin saber por qué, cuando era amada y pareciera amar, preguntaba: «¿Por qué me quieres?»

El sabio, un verdadero estudioso, le dijo:

—Porque eres inteligente, razones y piensas. Por que tu mente concibe rápidamente.

El rico, contestó:

—Porque tu elegancia y tu lujo deslumbran, arrancando un murmullo de admiración a tu paso.

El poeta, susurró a su oído:

—Te quiero porque eres bella, como todas las bellezas juntas; por tus ojos impregnados, de no sé qué misterio que subyugan; por tus labios que parecen besar cuando hablas...

Y ella, la mujercita sentimental y tierna, después de obtener estas respuestas, se quedaba triste, muy triste, con un vacío en el alma y una desilusión más...

Un día repitió la pregunta a un hombre que la amaba, trabajador y sencillito, y éste, envolviéndola en una mirada de amor, la dijo:

—Te quiero porque eres buena; porque sé que al volver fatigado de la tarea a nuestro hogar, he de encontrar una mano que seque mi frente. Sé que cuando, fracasado, vencido, lleno de desalientos, no tengas ánimos de luchar, tú, con tu paciencia de santa, con tu solici-

tud de madre, me infundirás ansias de volver a ser algo, alzarás mi espíritu, y yo volveré a luchar, a trabajar.

La mujercita buena sonrió feliz, se sintió mil veces mejor que antes, y amó mucho al hombre sencillito que había llenado su ideal al responderle:

—Te quiero porque eres buena...

Hermilina C. Brumana

Dibujo de Pala

Estado de guerra...

El derecho de propiedad no ha podido nacer sino de un acto de guerra, como todos los derechos de pueblo sobre pueblos que hemos visto imponerse y subsistir en la historia. Es un derecho que ha sido impuesto al ocupante, por un hombre extraño y bien armado, que le llevó la guerra, haciéndole su víctima o su prisionero. Lo que tan frecuentemente se ve pasar entre pueblos enteros, debe tener su origen en lo que pasó primeramente entre individuos. El derecho de propiedad es la consagración del derecho de un vencedor. Y frente a éste, o sea el propietario, el ocupante se encuentra en la misma condición que un pueblo vencido y tributario, frente al pueblo vencedor, que es amo y dueño de todo.

El origen guerrero del derecho de propiedad, como de todos los derechos que han puesto en poder de un invasor las poblaciones ocupantes, nos parece fuera de duda. Aún más: nos parece que para él se movió el primer guerrero que, librada por éste la primera batalla contra un ocupante, nació en él la ambición de formar bandos y someter a otros ocupantes también. Así se transformó él en jefe de ejército, y se creó esta fuerza extorsiva que se llama Poder, la que reguló absolutamente la sociedad en todas partes. La sociedad es, entera, herencia de un guerrero. Y así se conserva en el estado de guerra original, en cuanto no ha podido ser retirada la fuerza armada todavía.

Cuando el guerrero venció a un ocupante e hizo de él, que había sido un dueño, un tributario, se vio obligado a dejar una guarnición para pasar a vencer a otro ocupante. La guarnición existe hasta el día. Y ha tenido que atender a más de una rebelión, no estando jamás segura de no ser puesta en jaque o expulsada alguna vez definitivamente. Esta guarnición hace respetar al vencido los derechos del vencedor. Esta es la situación todavía, y amenaza no tener término jamás, mientras todas las conquistas guerreras no sean anuladas hasta el punto mismo de su nacimiento o de su origen. O subsistirá el estado de guerra siempre, o la sociedad del guerrero será anulada totalmente, sin dejar nada que subsista.

El origen guerrero del derecho de propiedad, puede reconocerse en los actos de un hombre que se hace propietario. Se siente inmediatamente receloso y hostil, como si acabara de arrebatar con un hacha de piedra su campo o su parcela, a un ocupante legítimo. Levanta cercos o muros que recuerdan el antiguo recinto fortificado, hasta con las mismas ofensas para impedir saltar o escalar las murallas. Pone vigilantes o guardadores que son en pequeño el cuerpo de guardia. Trata de sustraer su propiedad a los caminos frecuentados, cerrar los pasos, hacer lo más difícil posible el acceso a ella, cuando no está por el contrario situada en el centro de una gran ciudad, muy alabada y muy vigilada. Mira a todo forastero inquisitivamente y con desconfianza. Donde quiera que antes no existía más que terreno libre, se

ve nacer el estado de guerra con la propiedad, con todas sus precauciones y todas sus alarmas. ¡Cuidad de acercarse a ese recinto fortificado donde una guardia siempre alerta, compuesta de perros y de hombres o del mismo propietario, os recibirá a tiros y a ladridos! ¡Cuidad, sobre todo, en la noche, de rodear los pasos o andar misteriosamente por los caminos, porque se os harían conocer otros de las precauciones del estado de guerra!

Afirmación

Por arriba, entre las nubes, o abajo, junto a la tierra, la vida, grande o pequeña, sucia o limpia, triste o bella, es prosa, sí, pero es verso.

Prosa, sí, muy noble prosa, en la severa actitud del pensador que trabaja para realizar el bien; del sabio que se desvía por hallar la justa fórmula que ha de mejorar el día el minuto de la especie; del escritor que condensa en claras, simples palabras, las sencillas enseñanzas que su espíritu fecunda; del humilde compañero que labora sus conceptos, por que triunfe y respaldanza la verdad...

Prosa, sí, prosa blanquísima, en la amistad del amigo sin tasas y sin medidas; en el santo hogar caliente del camarada amoroso; en el profundo y por eso silencioso, real cariño de las madres...

Prosa, sí, prosa trístima, en el pequeño cuartito de la infeliz costurera, que acompaña su labor con una canción de angustias; en el altísimo andamio que recorre el albañil, expuesto siempre a caerse y a matarse; en el taller infernal donde la voz del obrero es apenas un murmullo, entre el estrépito de martillos, de engranajes y poleas; en las puertas de las fábricas, llenas de trabajadores, que se ofertan por un mísero salario; en el campo, entre los rucos, bajo las furias del sol o las agudas indenclemas de los cielos; en las largas galerías de las minas, donde acecha el gas siniestro; en los húmedos pozos; en los oscuros laboratorios...

Prosa, sí, trágica prosa, en medio de las batallas donde se hierre y se mata la juventud; en los hogares sin hombres, que la guerra arrebató; en el hambre de los pobres, la desnudez de los niños, las camas, sin un cariño a sus lados, de todos los hospitales...

Prosa, sí, vil, puera prosa, en el agape canalla con que celebran los prepotentes ventrudos, las ganancias realizadas en el año; junto a la caja de hierro que abre y cierra cada vez que tiene que hacer un pago o guardar un larrocinio, el grueso capitalista en el periodismo grande, de traideras muy anchas y de poder muy estrecho; en la reunión que realizan las más linajadas damas, para llevar a un buen fin sus fiestas de caridad; en la práctica de los cívicos derechos; en las casas de moda, con doble fondo, como muchas urnas; en la limosna que al pasar se arroja; en todas, todas las salpicaduras con que diariamente nos ensucian...

Prosa, sí, doliente, negra, sobre ci-

mas de vergüenza y de miseria; prosa de odio y de venganza, prosa roja, prosa, en fin, en los báquicos prostributos que tanto han hecho bajar las dignidades humanas; y en los inmundos presidios que tanto baldón, desdicha y vilipendio—también, han traído a la vida en general; y en las plazas y en las calles, tantas y veces teñidas con las sangres de los trabajadores...

Prosa, sí, todo eso, prosa, buena y mala, pura e impura... Pero verso, noble verso, en el gesto del apóstol, al pie mismo del patíbulo. Pero verso, sacro verso, en ese «¡salud, oh tiempos!», de los mártires, junto a las trágicas horcas. Pero verso, rojo verso, en la huelga solidaria, tesonera, varonil, con que se rompe la diaria, la vulgar, la eterna prosa. Pero verso, épico verso, en los albores gloriosos de cualquier revolución. Pero verso, alegre verso, en el primer beso loco hurtado a la muy amada; magnífico, en las mañanas perfumadas y radiantes; glorioso, en esos ocultos ardientes como un incendio, emotivo, en las guitarras que echan largos suspiros en las primas gemebundas, y graves, trémulos trepidos en las bordonas vibrantes; erótico, en las triunfales caderas de las mujeres; cariñoso, en las fragantes esquelitas del amor; simple, sencillo, en los nidos; inocente, en las boquitas de todos los niños tiernos; y, en fin, grande, maestático, de una hermosura elocuente, en los bosques rumorosos, en los mares milenarios y en los profundos abismos donde giran los mundos, silenciosos y adormecidos.

Gustos de la juventud, el verso es un blanco esquife empavensado y gentil, como hecho para un paseo sobre un riacho tranquilo, para algunos. Para otros, es góndola del ensueño mecida por blandas aguas. Para otros, en fin, la nave de los rojos entusiasmos, en los mares procelosos de la lucha, siempre lista al abordaje. Pero, en definitiva, es armonía, es elegancia suprema, elocuencia y corazón.

Gustos de la juventud que se siente sobre versos llevada como sobre alas, no pueden ser nunca malos. Malos son los que no creen en los versos de batalla, los que no sufren con los llenos de tristezas y de angustias; los que no lloran de rabia con los cargados de cóleras, ni alíquidos de ternuras con los de amores, se sienten. Pero los anarquistas no somos de esos. Hemos sabido sentir los dolores de los pueblos. Con éstos, hemos creído cuando ellos se han levantado. La palabra «compañero», solo ha tenido valor recién cuando nuestros labios la han podido pronunciar... Y esto, que quiere decir que hay un reino de emociones y un gran jardín de lirismos en nuestros pechos, se aclara aún más, se virtualiza mejor, con este grito supeño que es un verso: ¡Viva la anarquía!

Verso y prosa: eso es la vida. Mañana, cuando en la tierra no hayan más niños hambrientos; cuando la prostitución haya desaparecido; cuando no existan ladrones del sudor del semejante, ni sean ya más posibles las guerras entre los hombres, la vida será un gran verso, un único, largo verso desde el principio hasta el fin, en el que se rimirán

sin esfuerzos ni trabajos, las ingenuas greguerías de la infancia, con los hermosos viriles de la juventud y los salmos melancólicos de la vejez, fraternalmente.

Fernando del Intento

La Nena

Han transcurrido tres meses desde que Amelia abandonó la escuela normal. Su madre y una hermana, se interpusieron en su carrera pedagógica como una valla infranqueable, y no sólo le interrumpieron sus estudios, sino que anegaba toda esperanza para lograr el anhelo de su sueño juvenil. El hambre, al penetrar en su vivienda, dejó definitivamente sus libros. Y sobre la misma mesa en que amaneciera con un problema de álgebra o trazando líneas sobre un mapa, amaneció hoy confeccionando cajitas para bombones. Joyantes estuches diminutos que ostentarán las manos de alguna dama indolentemente sentada en un palacio, o chiche caprichoso que adornará la repisa perfumada de alguna cocarota.

Amelia no está en casa. Hace hora y media que ha salido a entregar una partida que recién terminara, con la premura de un auxilio imperioso.

II

—No te desapes, nena—clama dulcemente la madre, cubriéndole los brazos.
—¡Amelia no viene, mamita!
—¡Ahorra no más estará aquí.
—¿A que no sabe qué va a traerme?

—No sé, hijita, ¿qué?
—¡Ah!... Me encargó que no le diga nada.
—¿A que adivino?
—¡Je, je! ¿A ver?

—¿Que si cobra lo que entrega te compraré la medicina para que cures pronto, ¿no es eso?
—No, no. ¡Otra cosa más linda!
—¿Un paquete de vainillas?
—Otra cosa más linda. ¡Viva, viva, que no sabe! ¿Se lo digo?
—Eso es, dime lo.
—Una, dos y tres: una muñequita linda, grande, ¡así!

—¡Oh!...
—Me la traerá, mamita?

—Sí, ricura; si la prometió, supongo que te la traerá.

—¡Una muñequita!... La pondré aquí, dormirá conmigo, le haré vestidos, la llevaré a paseo...

—Sí, hijita, sí, no te fatigues, que te hace mucho daño. Así, quietita. Ella, ahora mismo llegará; voy a asomarme a la puerta, ¿eh?

La madre recoge los bucles de oro que le cubren el rostro; inclina su cabecita en la almohada, y sale, después de posar sus labios en la frente pálida y afebrada de la nena.

III

Sopla un viento que entumece. El barrio está silencioso. La estridente bocina de un auto o la trepidación de algún vehículo que corre por el empedrado, es la única manifestación de la vida nocturna. Aquí y allá, se ven unos que otros hilitos

rutilantes que filtran por las ventanillas. Después, es una calma sepulcral.

Y la madre, con el alma llena de zozobra, anda de la puerta a la esquina, insensible a la vida que apunta a su mal abrigado cuerpo.

—¡Cuánto demora!—musita angustiada.—¿Qué le habrá pasado a esta chica?

Al rato, vuelve a su morada. Y apenas entra, advierte que la nena duerme.

Una leve sonrisa despliega sus labios, y su blonda cabecita emerge del hoyo de su almohada, como esas cabecitas de ángeles que la fantasía religiosa ve surgir de entre las nubes, en los cielos de las iglesias.

Oyese claro el monótono compás de un pequeño reloj que marca insensiblemente las horas.

—Sueña con su muñequita—exclama entre sus suspiros.—¡Pobre muñequita mía!

Se aproxima a ella; recorre suavemente la cortina hasta el borde de su lecho, y sale a puntillas, temerosa de hacer ruido.

IV

Como clavada está en la esquina, mirando con ansiedad a todas direcciones.

—Amelia no viene! ¿Qué le habrá pasado a esta chica?

Sostiene una lucha interior que la agobia. Lucha por vencer las ideas que en su imaginación se elaboran y se agrandan por un mal presentimiento.

Un transeúnte la mira obstinado y pasa casi rozándose. Ella no se percibe de nada. Abstraída, con los brazos en cruz y sin saber a quién implorar, siente como nunca el dolor de su infaturo.

De pronto, llega una voz que la asusta.

—¡Al fin, Amelia, al fin! ¿Qué mal rato me has hecho pasar.

—No me reproche nada, mamita. Yo también he sufrido su misma inquietud, pero ahora alégrese, que el mal rato que soportó, está compensado con la dicha de haber podido volver con todo.

Y con inusitado júbilo le presenta el envoltorio que, trae de la mano: —Bueno, hijita, vamos, y procura no despertar a la nena que en este momento descansa.

V

Al entrar la madre en la habitación, Amelia se precipita en sus brazos, la detiene y la estrecha desesperadamente, como buscando un refugio entre sus senos.

—¡Mamita!... ¡mamita mía!

—¿Qué, hija, qué?

—¡Oh, mamita, mamita mía!

—¿Qué pasa, criatura? ¿A asustar a la nena.

—¡Cuánto dolor! ¡Cuánta injusticia!

—¡Pero qué, hija, qué? Habla, habla!

Un sollozo la ahoga, luego prorrumpe: —Por esto—y arroja indignada el frasco y la muñeca que se rompen al caer,—por esto, para salvar a la nena, para contentar a la nena, he deshecho el capullo de mi juventud, y todo fué inútil, inútil! ¡Cuánta infamia, mamita mía!



La chica aquella tenía sed de ilusiones. Quería soñar mucho, y el gemido angustioso del hermanito hambriento la despertaba a la realidad. Deseaba vagar con sus alturas rosas por el infinito de la fantasía, y la tos seca de la madre enferma, la detenía. Ansiaba irse lejos, con sus ideas nobles; quería pensar en el amor de un hombre bueno, de esos que no iban a la taberna, sucios y con olor de alcohol,—y la brutal carcajada del padre borracho que volvía, la hacía abrir los ojos grandes y tristes, como una mirada de bestia humillada, y seguía cosiendo.

Herminia C. Brumana
Dib. de Falta

Exactamente, lo que pasó en Chicago en 1889, ha pasado también aquí y pasa en todas partes, donde comienzan a ganar a las masas las nuevas ideas sociales, y el poder se reserva todo el derecho de cargar y derramar sangre humana para consolidar en su existencia a las antepasadas. Mirado de más arriba, la débil resistencia alguna vez de las masas—horrendo delito para la ley.—es un legítimo derecho, que ponen en el caso de ser ejercitado sólo los ataques de la fuerza; este es un derecho tan natural, además, que nadie podría impedir que nazca su idea en los ciudadanos, aunque no lo pagarán las teorías.

Y volviendo a lo nuestro aquí, queremos hacer notar cómo ésta es la verdadera razón de muchos procesos

A través de los cristales, veía el palacete enfrente, y la niña linda de su misma edad que subía al auto. Un día, la vio subir con su traje de boda y los azahares, del brazo del muchacho alto y buen mozo. Y ella quiso cerrar los ojos y soñar. Pero el gemido del hermanito, la tos seca de la madre y los gritos del padre borracho se juntaron e hirieron con su filosa brutalidad de cosa real, las alturas rosas de la chica aquella.

—todos los de la ley social, en primer término,—para los que se dan razones muy diferentes, de crímenes o atentados. Más de una vez, en toda la historia, ha sido procesada una idea política o social en masa. Mas, en definitiva, los verdaderos móviles surgen siempre a la vista, y así, no obstante todo el esfuerzo de los justos y de la clase social que los inyecta, los mártires de las ideas acaban por ser venerados en su mismo sacrificio. Y los condenados en esta forma por atentados y por crímenes, terminan por suministrar una idea más odiosa todavía del estado social, y lo que es peor aún, por suministrar los elementos de sus propios ideales al porvenir. Que es lo que pasó con todos, en toda la historia, hasta ahora...

Notas

Agrupación Alber, de Zárate

Con este nombre, un grupo de compañeros de Zárate han formado una agrupación anarquista con el fin de editar un periódico que propague las ideas de redención humana.

La correspondencia debe dirigirse a nombre de Eduardo Buscaglia, hijo, Nicolás Avelaneda 41, Zárate.

Biblioteca Internacional

Esta institución, que realiza su fin cultural con todo mérito y dedicación, conmemorará el segundo aniversario de su fundación con una velada, a beneficio de la caja social, en el salón Royal Cine, Tucumán 3118, el jueves 9 de mayo a las 8 de la noche. Prestarán su concurso al acto, las siguientes personas: Marrasco, L. Arrighi, R. Berto, Torres, Mulfettano, Susana Martres y la niña Sara Neuman.

El doctor J. Emiliano Carulla disertará sobre las relaciones entre el alcoholismo y la tuberculosis.

Entrada, platea y tertulia: 0.60. Paíco con 4 entradas, pesos 3.

Para entradas y programas en la Biblioteca, Guardia Vieja 8379, todas las noches a las 8, y en el salón la noche de la función.

C. E. S. Eliseo Reclus

General Pico.—Pampa Central

Cuenta general de las entradas y salidas de las veladas artísticas y conferencias en los días 27 y 29 de Mayo:

Entradas	
Producción de la función del día 27.....	\$ 116.80
Producción de la función del día 29.....	153.50
Salidas	
Locación del teatro para las dos funciones.....	\$ 80.-
Correspondencia y programas.....	12.65
Gastos de escena.....	11.40
Impresos.....	62.-
Estadía de Pacheco (hotel).....	18.-
Eduardo Pons.....	20.-
Gastos de Pilar Fernández (viaje y comida).....	9.-
Gastos viajes de Pacheco (de Trenque Lauquen a Pico y de Pico a Rivera).....	85.10
Dado al pintor.....	5.-
\$ 253.15	
Superavit.....	17.15
\$ 270.30	

Agrupación Brazo y Cerebro Punta Alta

Balance de la velada y conferencia dada en el bar «La Marina» de Punta Alta, a beneficio de «La Obra»:

Entradas	
220 entradas a 0.60 c/u.....	\$ 156.-
Salidas	
Manifiestos.....	16.40
Beneficio... \$ 139.80	
Menos el 35 % dado al empresario del bar, resta de beneficio líquido.....	
\$ 84.80	
Entregado por Pacheco, como donación a la Escuela Moder-	

na de Punta Alta.....	\$ 34.80
Girado a «La Obra».....	50.-
Total..... \$ 84.80	
Miguel A. Capuano	

Agr. Anarquista «La Batalla»

Con este nombre ha quedado constituida en esta capital una agrupación, la cual además de propagar nuestros ideales por todos los medios a su alcance, se encarga con todo lo relacionado con el periódico «La Batalla» de Montevideo.

Esta agrupación de un fraternal saludo a las demás agrupaciones del universo.

Los que deseen relacionarse, diríjanse a nombre del compañero Federico A. Ritache, Corrientes 4023.

El secretario.

Agrupación «Alba Roja» de B. Blanca

Balance de la función efectuada el 11 de Abril a beneficio de «La Obra» y el C. de E. Sociales de Villa Mitre:

Entradas:	
Salidas: Alquiler salón.....	\$ 61.-
Manifiestos.....	25.-
Varios.....	6.-
\$ 5.50	
Resumen: Entradas..... \$ 61.-	
Salidas..... \$ 6.50	
Beneficio..... \$ 24.50	
Donado por el C. de E. S. Villa Mitre, para «La Obra», \$ 20.00, entregados al compañero Pacheco.	

Por la Agrupación
Agapito Pittre

«Luz y Artes», de Trenque Lauquen

Balance de la velada efectuada el 25 de Marzo en el Teatro Español, a beneficio de la familia de los presos ferroviarios de la sección Pehuajó y de «La Obra»:

Entradas:	
Palcos altos vendidos 21 a \$ 6.....	\$ 126.-
16 id. bajos a \$ 8.....	128.-
163 plateas a \$ 1.....	12.-
12 entradas a palco a \$ 1.....	12.-
92 id. a paraiso a 0.50.....	46.-
Total \$ 475.-	
Salidas:	
Alquiler del teatro.....	\$ 60.-
Maquinista.....	5.-
Imprenta.....	25.-
Peluquería y pinturas.....	11.70
Buffet.....	12.80
Telegramas.....	2.05
Bombas.....	4.50
Gratificación a uga sificionada.....	10.-
Útiles para el cuadro.....	1.80
Carrero.....	3.-
Automóvil y gastos fuera del pueblo..... \$ 22.75	
Viaje del orador hasta Fortin Olavarría..... \$ 35.-	
Total \$ 193.60	

Resumen:	
Total entradas.....	\$ 475.-
Salidas.....	193.60
Beneficio líquido..... \$ 282.60	
Entregado:	
Al periódico «La Obra».....	\$ 100.-
A las familias de los compañeros presos.....	
o sea \$ 80.85 a cada familia... \$ 182.65	
Equivalente nuestra entrega a... \$ 282.55	

J. Galli, secretario; Angel Nunes, director del cuadro.

Comité pro «La Obra» de San Fernando, Victoria y Tigre

Balance de la velada efectuada el jueves 21 de Marzo, en el salón teatro de la Sociedad Italiana de San Fernando, a total beneficio de «La Obra»:

Entradas:	
365 entradas de hombres a 0.70.....	\$ 255.50
307 id. de mujeres a 0.40.....	82.80
Total \$ 338.30	

Salidas:	
Salón.....	\$ 50.-
Pasajes.....	8.-
Permiso.....	1.-
Carrero.....	1.-
Peluquería.....	7.5
Gastos varios.....	2.50
Música.....	15.-
Mujeres.....	30.-
Total \$ 118.80	

Resumen:
Entradas..... \$ 338.50
Salidas..... 118.80
Beneficio \$ 219.50

Entregado a «La Obra».
Por el Comité: Pedro Piotti, secretario, T. Antilli

Agrupación Actividad

—Gran matinee a beneficio del periódico «La Rebelión», que se efectuará el 12 de Mayo, en el salón G. Garibaldi, Sarmiento 2419, con los números siguientes: Palabras de apertura, por el compañero S. Echandia. El drama en un acto «Las Víboras». Conferencia por R. González Pacheco. El drama «Sin Patria», de Pedro Gori. Conferencia or Fernando Gonzalo.

Por entradas a Terroero 471 y Coronel Díaz 1493.

Libros

Podemos remitir al interior los siguientes libros: «El Botón de Fuegos y «La Paz Futura», al precio de 1 peso cada uno. Si se desea la remisión por certificado, debe acompañarse 15 centavos más.

—La librería «Hispano Argentina», Rivadavia 1731, remite gratis a quien lo solicite catálogo de libros de sociología, racionalismo, etc.

Administrativas

Valores y giros, a nombre de T. Antilli, Terroero 471, Buenos Aires.

Cantidades recibidas

C. M. Lanús—Paquetes anteriores, 5 pesos.
M. T. Trenque Lauquen.—Por paquetes, pesos 6, entregados a Pacheco.
L. C. Winifreda—Para libros, pesos 2.
G. S. Lomas—Paquete, pesos 0.60.
A. N. Trenque Lauquen—Recibido giro pesos 55.50, sobrante de la velada; los otros 50 fueron entregados a Pacheco para seguir el viaje a Pico.
J. P. Ciudad—Por ejemplares, pesos 15.45.
F. A. R. Ciudad—Recibimos pesos 5.55, distribuidos como sigue: para «La Batalla» de Chile, pesos 1.55; para «El Hombre» de Montevideo, pesos 1; para LA OBRA, por paquete, pesos 3.

S. F. Ciudad—Recibimos pesos 3.80; por paquete 2, y 1.80 del suscriptor H. B.

Pacheco—Recibimos los siguientes giros: pesos 70, pesos 10, pesos 25 y pesos 20. De ellos corresponden pesos 50 a la velada en Punta Alta, pesos 20 a la velada en Villa Mitre, pesos 8.40 a deuda del kiosco en Bahía Blanca y el resto a lo restituido de la velada en Trenque Lauquen por los gastos de viaje reembolsados en Pico y demás.

J. S. Salta—Suscripción, pesos 1.20.
R. L. A. General Pico—Paquete, pesos 1.40.

A. D. Pigüé—Recibimos pesos 3, paquetes anteriores dirigidos a Coronel Suárez.

F. P. Mar del Plata—Pesos 2.50, distribuidos como sigue: por suscripción 0.50, para álbums 0.60 y donación 1.30.

A. A. Ciudad—Paquete, 0.60.
A. C. Recreo—Tomamos nota pesos 1, remitido a «La Protestas para nosotros».

R. B. Maldonado—Pesos 1, entregado a Pacheco, por suscripción.
P. C. San Genaro—Para libros, pesos 1.10.

M. G. E. Resistencia, Chaco—Pesos 3; para «La Rebelión» 1.50 y por paquetes, pesos 1.50.

A. A. Bahía Blanca—Por suscripciones, pesos 1.20.

J. G. P. Frayle Muerto, Uruguay—Pesos 0.50 oro, por suscripción, en estampillas.

Ateneo Libertario, Junín—Pesos 6.80, por paquetes.

M. P. Mar del Plata—Tomamos nota de los 2 pesos remitidos a «La Protestas para nosotros»; recibimos 1 peso, paquete número 17.

F. D. A. Montevideo, Uruguay—Pesos 6, paquetes y suscripciones.

F. M. Ciudad—Recibimos pesos 1.20; por paquete 0.60 y 0.60 por suscripción de J. J. P. Este recibe el periódico. Tiene pago hasta el 18.

V. M. Mar del Plata—Por paquetes, pesos 7.

J. M. San Martín—Pesos 2.50 por paquetes; tiene pago hasta el 19.

A. C. Laguna Paiva—Por suscripciones, pesos 5.

F. A. Villa Domínico—Por paquetes, pesos 1.
T. F. Cruz del Eje—Por paquetes, pesos 18, y para folletos 1; total 19.

J. M. Villa Urquiza—Por paquetes, pesos 4.50.

A. S. P. Santa Fe—Por paquete, pesos 2.90.

F. d. I. La Plata—Paquetes y suscripciones, pesos 38.

M. P. Rosario—Por paquetes, pesos 5.

E. B. Ciudad—Por suscripciones y para álbums, pesos 4.

A. T. Saavedra—Ejemplares, 0.30.
J. G. Coronel Isleños—Pesos 3.40; para «El Hombre» de Montevideo, 1, y por suscripciones 2.40.

J. M. R. San Fernando—Suscripciones, pesos 4.

J. S. Ciudad—Suscripción, donación y álbums, pesos 4.

M. E. Santa Fe—Paquetes, pesos 5. Biblioteca Internacional, Ciudad—Pesos 3: Tiene pago el 18 y el 19.
O. G. Ciudad—Paquetes, pesos 5.
A. G. Ciudad—Recibimos: para «La Rebelión» \$ 2 por suscripción y 1 de varios compañeros por donación; para «El Hombre» \$ 1 por suscripción, y para nosotros \$ 1 donación de varios compañeros.